

[Ensayo]

Una filosofía del vivir y la «cura»: hacia una pragmática de Ortega y Gasset

RICARDO ARANOVICH
Fundación Acta
Fondo para la Salud Mental
R. Argentina
✉

Resumen: Como muchas otras actividades humanas, la psicoterapia se fundamenta, en forma explícita o implícita, en un concepto del ser humano y en una filosofía que la sustenta. José Ortega y Gasset ha centrado su obra en el fenómeno vida humana lo que hace que su pensamiento sea adecuado e insustituible para abordar cualquier tema humano, en particular la psicoterapia. Afirmarse en sus intuiciones proporciona al terapeuta recursos para comprender el conflicto vital, tanto en lo individual como en lo contextual, y actuar en consecuencia. Los ítems *Yo y circunstancia*. *Vida como realidad radical y como lo que soy*. *Proyecto de vida y vocación*. *Ideas y creencias*. *Ensimismamiento y alteración*. *Razón vital*. *La palabra*. *La coincidencia consigo mismo*. *Vitalidad, alma y espíritu* y, finalmente, *La felicidad*, desarrollados en este trabajo, conforman, con total coherencia y asombrosa actualidad, ese concepto de ser humano y proporcionan claridad y operatividad en un terreno crítico que las requieren en forma aguda, dada la creciente incidencia de malestares emocionales y alteraciones mentales.

Palabras clave: Psicoterapia – Ensimismamiento – Autenticidad.

[Essay]

A Philosophy of Life and The "Cure": Towards an Ortega y Gasset's Pragmatics

Summary: Like many other human activities, psychotherapy is based, explicitly or implicitly, on a concept of the human being and a philosophy that supports it. José Ortega y Gasset has focused his work on the human life phenomenon which makes his thinking appropriate and irreplaceable to deal with any human subject, particularly psychotherapy. Getting stronger in his intuitions provides the therapist with vital resources for understanding the conflict, with regard to both the individual and the context, and thus act accordingly. The items: *I/Me and circumstance*. *Life as radical reality and as what I am*. *Life and vocation project*. *Ideas and beliefs*. *Abstraction and alteration*. *Vital reason*. *The word*. *The coincidence with oneself*. *Vitality, soul and spirit*) and finally *Happiness*, developed in this work, model with full consistency and amazing actuality, that human being concept and provide clarity and operability to a critical field that requires them accurately, given the increasing incidence of emotional disturbances and mental disorders.

Key words: Psychotherapy – Abstraction – Authenticity.

Introducción

La mayoría de las especialidades médicas, a favor de los adelantos tecnológicos, han venido experimentado enormes avances y cambios en la realización de las prácticas correspondientes. Hay un gran aumento en la eficacia aunque se ha modificado la relación médico-paciente. El médico es más «científico» y menos «humano».

En el conjunto psiquiatría-psicología-psicoterapia, los cambios han tomado otro camino. Por un lado hay avances en el estudio de los aspectos biológicos de cerebro sano y enfermo, pero de esos avances no se desprenden, todavía, recursos que en la práctica reviertan el epidémico aumento en la incidencia de las patologías mentales.

La Organización Mundial de la Salud (WHO) estima que para el año 2017 la depresión, de incidencia creciente, será la segunda causa de incapacidad, para todas las edades y ambos sexos. Este fenómeno ha provocado un enorme aumento de la demanda asistencial, la que se ha visto potenciada por la interacción de dos factores: uno es la crisis cultural en la que está inmerso, por lo menos, Occidente y la perplejidad, desorientación y angustia consiguientes; y el otro factor es que, ante esos estados, se recurre crecientemente al mencionado conjunto de disciplinas en búsqueda de respuestas que no pertenecen al campo de la patología, con la pretensión que se hagan cargo nada menos que de la felicidad humana.

Este desafío ha generado un intento de respuesta a través del incipiente movimiento llamado Psicología Positiva, que pretende desarrollar un bagaje psicológico que no se centre en lo patológico sino que responda a las condiciones y necesidades del sujeto normal. En efecto, hasta ahora el profesional se encontraba teniendo que dar respuesta a cuestiones «de la vida» con formación e información dirigida a cuestiones «de enfermedad». Por consiguiente toda persona que afrontaba alguna dificultad en su vida era rotulada de «enferma» y debía de «tratarse» mediante «psicoterapia» que, como su nombre lo indica, es una actividad terapéutica, o sea, «curativa». Esto implica un tremendo supuesto y es el de que la persona «sana» disfrutará, sin obstáculos, de una vida «feliz» y si eso no sucede es porque es «enferma». ¿Y que deriva de este supuesto? Pues que se hace tabla rasa, con la mayor frivolidad, de todo lo que la humanidad ha venido construyendo para afrontar su enigmática y menesterosa condición vigente desde que nuestros abuelos adánicos cedieron a la tentación y fueron expulsados del Paraíso. Desde ya que eso podemos considerarlo un mito, pero debemos de ser prudentes en no

reemplazar el Pecado Original por el Complejo de Edipo como situación a redimir para lograr la felicidad.

Además de las religiones y sus teólogos, la filosofía, en su sucesión de pensadores y escuelas, se ha ocupado de este ineludible tema y, algunas veces, como en el caso de los epicúreos o los estoicos, sus reflexiones sobre la felicidad los han caracterizado a través del tiempo. No obstante casi todos los filósofos y teólogos han afrontado esta difícilísima cuestión y han intentado, arduamente, darle una respuesta. Hoy, que todo es más fácil, se espera que esa respuesta se encuentre en la consulta psicoterapéutica.

En consecuencia se vuelve imperioso contar con un fundamento que permita responder a ese gran desafío que se plantea al ejercicio profesional. Un fundamento que permitiera, por ejemplo, encontrar una respuesta a la pregunta *¿Qué es el ser humano?*, teniendo en cuenta que se trabaja, precisamente, con seres humanos. Un fundamento suficientemente abarcador que arrojará luz sobre situaciones que podrían ser consideradas como de «enfermedad» tanto como «del vivir». Más aún, que pasara por encima de esa diferenciación, artificial y abstracta, mediante una profunda comprensión del hombre en sus distintas instancias.

En este trabajo se propone al pensamiento de José Ortega y Gasset como el más adecuado para proporcionar ese fundamento ya que, como se podrá comprobar en las líneas que siguen, además de su asombrosa actualidad para todo el que necesite estar orientado en este tiempo, la suya es una obra filosófica cumbre centrada en el ser humano y su vida. Es esta una invitación al lector a que realice un recorrido a lo largo de ese pensamiento, desde ya que expuesto en modo insuficiente y esquemático, pero que, además de serle útil para su propia vida, le permita apreciar su adecuación, para lo que aquí se lo propone.

Como este recorrido será sobre un territorio de ideas y conceptos, el orden estará determinado por la mejor forma en que estos se encadenen, saltando sobre aspectos formales como los cronológicos o bibliográficos. Con una salvedad: el pensamiento de Ortega y Gasset es coherente e interrelacionado de modo que cada elaboración a la vez fundamenta y es fundamentada por otras. A veces el último argumento reafirma y revierte sobre el primero o sobre uno del medio.

Lo ideal sería algo así como armar un rompecabezas colocando todas las piezas al mismo tiempo, pero como eso, por ahora, supera mis posibilidades, intentaré armarlo por partes recurriendo a la comprensión del lector.

Yo y circunstancia

En una nota Ortega dice que «Desde 1914 (véanse mis Meditaciones del Quijote, en *Obras Completas*, t. I) es la intuición del fenómeno «vida humana» base de todo mi pensamiento» (OC [2009]:1119n). Allí es donde aparece su conocida expresión: «yo soy yo y mi circunstancia» seguida de la menos conocida: «y si no la salvo a ella no me salvo yo». Veamos cómo entender ambas.

La filosofía en forma explícita y todo acto de pensamiento en forma implícita, necesita partir de cierto dato radical, básico, que, como tal, no requiere demostración. De ese dato se dice que es suficiente, que no necesita de otro que le de sustento. Para los griegos el dato era el mundo de los objetos. Para ellos las cosas, sin duda, existen y esa existencia no requiere explicación alguna. Pero los objetos cambian, se deterioran, destruyen no puede probarse que permanezcan cuando no caen bajo la órbita de los sentidos, además del sueño y la alucinación. Es así que a mediados del siglo XVII las cosas son destronadas como dato radical y su lugar, por obra y gracia de René Descartes, es ocupado por el pensamiento. ¡Así es! Mi pensamiento me es inmediato y, hasta cuando dudo, no puedo dudar de que dudo. El ser humano es... ¡Pensamiento! ¡*Cogito ergo sum!* Y más aún, la realidad no tiene más existencia que la que le otorga el hecho de ser... ¡Pensada! De allí nacen el racionalismo y el idealismo, con sus luces y sus sombras, pues la razón tiende a no reconocer otra realidad que ella misma y sus leyes, dejando de lado lo que no cumpla con esas condiciones.

Fue un error terrible de la época moderna estar en la creencia de que el ser primario del hombre consiste en pensar, que su relación primaria con las cosas es una relación intelectual. Ese error se llama «idealismo». La crisis que padecemos no es sino la multa que pagamos por ese error. El pensamiento no es, pues, el ser del hombre; el hombre no consiste en pensamiento; este es solo un instrumento, una facultad que posee, ni más ni menos que posee un cuerpo (OC [2006b]:470).

La vida, dato y realidad radical y lo que soy

¿Y entonces? ¿Qué nos propone Ortega cómo dato radical? Pues uno del que no es posible dudar. La vida, nuestra vida, la vida concreta de cada uno. ¿Es posible dudar de ello, de que estamos vivos y viviendo nuestra vidas, la de cada cual? En consecuencia, concluye Ortega:

Para los antiguos, realidad, ser, significaba «cosa»; para los modernos, ser significaba «intimidad, subjetividad»; para nosotros, ser significa «vivir» — por tanto— intimidad consigo y con las cosas (OC [2008]:348).

Pero este dato radical no es suficiente, no se sustenta a sí mismo. La vida, mi vida consiste en una relación entre dos elementos, ninguno de los cuales tiene existencia propia e independiente del otro. Esos elementos son yo, que vivo y el Mundo o circunstancia en la que vivo. No existe un yo si no es en una circunstancia ni existe una circunstancia, como tal, si no es para un yo. Pueden existir las cosas, el planeta, o lo que sea, pero son eso sólo. Se convierten en circunstancia cuando lo son para alguien. Y esta relación es el dato radical, lo único que indudablemente es.

Resulta que el único ser indubitable que hallamos es la interdependencia del yo y las cosas (...). Ser es necesitar lo uno de lo otro (OC [2008]:349-50).

Lo que verdaderamente *hay* y es dado es la *coexistencia* mía con las cosas, ese absoluto acontecimiento: un yo *en* sus circunstancias (...). A mí me acontecen las cosas, como yo les acontezco a ellas, y ni ellas ni yo tenemos otra realidad primaria que la determinada en ese recíproco acontecimiento (OC [2009]:158).

Y este dato radical que es mi vida es, al mismo tiempo lo que *soy*. El ser humano es su vida. Es esa relación entre yo y mundo o circunstancia. Y esa relación se desarrolla en el tiempo, en consecuencia no es algo fijo, es un drama, una historia. Si nos asomamos a una vida humana y queremos comprenderla tenemos que asistir al desarrollo de una historia. Esa historia, ese drama, esa sucesión de acontecimientos es lo propio, lo humano del hombre. ¿Y cuál es el lugar del cuerpo? Pues el cuerpo, que sí tiene cierta fijeza, al menos en cada momento, forma parte importante y decisiva de... ¡La circunstancia!

Ese yo que es usted, amigo mío, no consiste en su cuerpo, pero tampoco en su alma, conciencia o carácter. Usted se ha encontrado con un cuerpo, con un alma, con un carácter determinados, lo mismo que se ha encontrado usted con una fortuna que le dejaron sus padres, con la tierra en que ha nacido o la sociedad humana en que se mueve.[...] Usted no es «cosa» ninguna, es simplemente el que tiene que vivir «con» las cosas, «entre» las cosas (OC [2006a]:124).

¡Por fin vamos encontrando respuestas! A la pregunta por qué es el ser humano, Ortega nos responde: 1 – Que no es cosa ninguna, con lo que lo libera de la naturaleza. 2 – Que es su vida y que ésta es un absoluto acontecimiento, con lo que lo ha liberado de la naturaleza sin necesidad de ubicarlo en ningún contexto sobrenatural.

El ser humano es ese puro acontecimiento que es su vida, la de cada cual. Esto nos permite dejar de lado toda otra interpretación de la realidad «ser humano», desde las biológicas hasta las teológicas. Esto no implica desechar esas interpretaciones, sino tener presente que dependen de la vida como hecho previo. En consecuencia la vida es previa a cuanto hagamos, pensemos, teorícemos, creamos o imaginemos en y sobre ella. La vida no puede ser «explicada», es el punto de partida, el dato radical a partir del cual razonar: la Razón Vital.

Vivir es el modo de ser radical: toda otra cosa y modo de ser lo encuentro en mi vida, dentro de ella, como detalle de ella y referido a ella (...). La ecuación más abstrusa de la matemática, el concepto más solemne y abstracto de la filosofía, el Universo mismo, Dios mismo son cosas que encuentro en mi vida, son cosas que vivo (OC [2008]:345).

Ortega define esta situación diciendo que la vida es la «realidad radical»

Nuestra vida, la vida humana, es para cada cual la realidad radical. Es lo único que tenemos y somos. Ahora bien, la vida consiste en que el hombre se encuentra, sin saber cómo, teniendo que existir en una circunstancia determinada e inexorable (9) (OC [2006b]:469).

O sea que el ser humano es su vida («Yo soy...»), que esta es la relación entre su yo («yo y...») y la circunstancia («mi circunstancia»). Que esta relación se desarrolla en el tiempo conformando una historia, un drama. Que ésta, mi vida es, al tiempo, el dato indudable y la realidad en la que se va a alojar todo aquello con lo que yo me encuentre en mi vida. ¿Qué valor tiene esto para la tarea psicoterapéutica? Pues que permite dejar de lado toda interpretación acerca de la «naturaleza» humana. Esto no implica negarlas sino inscribirlas en el hecho previo que es la vida. Deja en franquía de adherir o no a ellas pero teniendo presente que no reemplazan a la vida, que no la «explican» o «complican» y que la vida tiene primacía sobre ellas. Cada uno, en su vida, construye su «concepción del mundo» y eso es legítimo y necesario, será materialista o espiritualista,

creyente, ateo o estará aún en la búsqueda, pero al saber que la vida tiene prevalencia, esas concepciones se supeditarán a la vida, enriqueciéndola en vez de condicionarla. Parafraseando a Ortega podemos decir: las teorías o convicciones para la vida y no la vida para sostener las teorías o convicciones. Toda teoría que intente explicar al hombre lo limita y condiciona y esa limitación incide fuertemente en la psicoterapia. Cuanto más conozca el terapeuta sobre las emociones, tendencias, motivaciones y conflictos que puedan jalonar una vida, en mejores condiciones estará de «comprender» al paciente. Pero debe de tener presente que son sólo «teorías» que, aunque lo pretendan, no dan cuenta de una «naturaleza» humana, porque si no corre el riesgo de «encajar» al paciente dentro de la teoría y eso es lo contrario de «comprender». La comprensión es fenómeno instantáneo que comparten terapeuta y paciente, que produce un cambio en la situación y que le permite al paciente salir del plano del conflicto y superarlo.

Mal podía la razón físico-matemática (...) afrontar los problemas humanos. Por su misma constitución, no podía hacer más que buscar la naturaleza del hombre. Y, claro está, no la encontraba. Porque el hombre no tiene naturaleza. El hombre no es su cuerpo, que es una cosa; ni es su alma, psique, conciencia o espíritu, que es también una cosa. El hombre no es cosa ninguna, sino un drama – su vida, un puro y universal acontecimiento que acontece a cada cual y en que cada cual no es, a su vez, sino acontecimiento (OC [2006b]:64).

Proyecto de vida y vocación

Pero sucede que ese acontecimiento, que es la vida de cada uno, el ser humano no es quién la crea, sino que:

El hombre no tiene otra realidad que su vida. Consiste en ella. Ahora bien: no nos hemos dado nosotros la vida, sino que ésta nos es dada. Nos encontramos de pronto en ella sin saber cómo ni por qué. Pero esa vida que nos ha sido dada, no nos fue dada hecha, sino que tenemos que hacérsela nosotros, cada cual la suya. Se trata de una elemental e inexplicable perogrullada. Para vivir tenemos que estar siempre haciendo algo, so pena de sucumbir (OC [2006a]:394).

Y para no sucumbir el yo debe de afrontar a la circunstancia. Y para ello debe de tener un proyecto de vida. El proyecto de vida se va gestando a lo largo de la vida misma y va sufriendo distintas melladuras en sus encontronazos con la circunstancia ya que la circunstancia ofrecerá aspectos favorables y desfavorables a su realización. Pero cuenta con algo que le permite persistir más allá de toda dificultad. El proyecto se afirma desde una vocación y ésta es la manifestación más auténtica del yo. Este es un tema de absoluta actualidad porque la deriva de los tiempos hace que se privilegie la «salida laboral» frente a la vocación y esto no sólo condena a vivir en falso sino que finalmente aumenta el riesgo de fracaso porque un proyecto sin vocación no movilizará las energías necesarias para afrontar las alternativas de la circunstancia.

No hay vida sin vocación, sin llamada íntima. La vocación procede del resorte vital, y de ella nace, a su vez, aquel proyecto de sí misma, que en todo instante es nuestra vida (OC [2004b]:748).

El proyecto no es un plan, de él tenemos un vago conocimiento y vamos conociéndolo a medida que lo vamos viviendo. Esto tiene su sentido dentro de la estructura de la vida. El proyecto es el origen de la motivación que impulsará las acciones en la vida y esa motivación no puede ser un «invento» nuestro, porque ni bien lo inventáramos pasaríamos a dudar y desconfiar de nuestro propio invento. Como veremos, no nos movemos por ideas sino por «creencias».

Vida significa la inexorable forzosidad de realizar el proyecto de existencia que cada cual es. Este proyecto en que consiste el yo no es una idea o plan ideado por el hombre y libremente elegido. Es anterior, en el sentido de independiente, a todas las ideas que su inteligencia forme, a todas las decisiones de su voluntad. Más aún, de ordinario no tenemos de él sino un vago conocimiento. Sin embargo, es nuestro auténtico *ser*, es nuestro destino (OC [2006a]:124).

Ideas y creencias

Ortega distingue los contenidos mentales en ideas y creencias. Las ideas son nuestras, se nos ocurren a nosotros, por eso también las llama ocurrencias. Las creencias provienen del entorno, de la cultura. Desde el nacimiento recibimos nociones acerca de lo que realidad es. Es más, lo que consideramos realidad es el

conjunto de esas nociones que no están sujetas a duda ni reflexión y que forman lo que consideramos «realidad», las cosas «como son».

La realidad, plena y auténtica realidad, no nos es sino aquello en que creemos, y nunca aquello que pensamos (OC [2009]:1132).

Las creencias no requieren ser pensadas, es todo lo que «ya sabemos» y según lo cual actuaremos. Por eso el proyecto está en el nivel de las creencias, porque según sean nuestras creencias será nuestra acción. Creencia es todo aquello con lo que contamos para vivir.

Si salgo a la calle, suelo hacerme cuestión de la hora, la temperatura, la distancia a donde me dirijo, pero no me hago cuestión de si está o no la calle, «cuento» con ello. Del mismo modo cuento con los mejores o peores servicios públicos, el afecto y apoyo de mi familia, la solidaridad de mis amigos, cierta estabilidad en mi salud y en una interminable lista de elementos sin los cuales la vida, mía o de cualquier otro, sería imposible. Asimismo si emprendo un negocio, más allá de dudas razonables, «cuento con que» tendré éxito, si no, no podría dar un solo paso. Lo mismo si inicio una carrera universitaria: no podría hacerlo sin cierta confianza en que la puedo finalizar. En cambio, en la depresión no sólo no hay creencias en que algo sea realizable sino que existe la firme creencia de que todo saldrá mal. En tal caso, y con tal creencia, la única acción posible es el suicidio.

Toda acción se realiza en vistas a una finalidad y sin suficiente seguridad en su logro la acción deja de ser posible. En consecuencia la más o menos brusca ruptura de una creencia es la mayor fuente de angustia y desazón y, por ende, de consultas terapéuticas. Porque las creencias forman sistema y la caída de una (por ejemplo: fidelidad del cónyuge con la que se contaba, continuidad laboral) provoca la caída «en dominó» de muchas, como por ejemplo una pérdida económica que acarrea un problema familiar y una caída social y un cambio de vivienda. También imprevistos (accidente, inseguridad), que afectan cuando suceden aunque se tuviera «idea» de que podrían ocurrir y que dan lugar a la expresión: «sabía que esto podía pasar pero no "creía" que me pasaría». Como las creencias son provistas por la cultura, la caída «en dominó» puede dejar al sujeto fuera de la cultura y, dado que la función de la cultura es brindar seguridad frente al inhóspito mundo desnudo, esta generalizada pérdida lo retrotrae al terror primario sin referencia ni reparo. En este caso y desde el punto de vista clínico nos encontraremos ante una situación traumática en sus diferentes

manifestaciones y grados.

En la creencia se está, y la ocurrencia (idea) se tiene y se sostiene. Pero la creencia es quien nos tiene y sostiene a nosotros (OC [2006a]:662).

Al ser humano lo moviliza la realidad. O lo que supone sea la realidad, o sea, sus creencias. Toda acción se afirma en una creencia, tanto las elementales como las importantes. Si no creyera (o al menos tuviera cierta certeza) de que el tren va a pasar no puedo dar un solo paso hacia la estación. Claro que también está la duda, pero la duda no es una creencia, es, precisamente, la falta de creencia. Esa falta es la que deja margen a la prueba. Pero en cuestiones fundamentales la duda es la razón de la generalizada angustia en la que se encuentra nuestra sociedad, porque muestra el fracaso de la cultura en proveer creencias firmes en las cuales afirmar la vida. Es imposible tener presente todo lo que suponemos que es todo lo que nos rodea, y lo que fue y lo que será. En consecuencia de la mayoría de las creencias no se tiene noticia. Se nos hacen evidentes cuando fracasan, como nos damos cuenta de la debilidad de la silla en la que estamos sentados cuando se rompe y nos caemos al suelo. Pero entretanto eso no suceda, las creencias son las movilizadoras de la acción.

La máxima eficacia sobre nuestro comportamiento reside en las implicaciones latentes de nuestra actividad intelectual, en todo aquello con que contamos y en que, de puro contar con ello, no pensamos (OC [2006a]:664).

Por eso es que el proyecto permanece en el plano de las creencias sin que se lo conozca plenamente. Porque es una creencia y en las creencias se confía y de las ideas se desconfía porque al ser ocurrencias del sujeto no son «la realidad misma».

Los motivos que pueden llevar a alguien a buscar ayuda psicoterapéutica son de una variedad inabarcable, pero sin pretender hacer estadística, es posible suponer que muchos de los que la solicitan se encuentran ante una dificultad para desarrollar su proyecto de vida. Las razones por las que esto puede suceder también son numerosas: circunstancias particularmente adversas. Pérdidas o catástrofes familiares o matrimoniales, accidentes, enfermedades, y más. La acción terapéutica debe de estar encaminada a la reconstrucción del proyecto y para ello debe de afirmarse en la vocación. La vocación, verdadera *Cenicienta* en el mundo terapéutico, es la que posibilita que el proyecto renazca de cualquier

catástrofe. En efecto, la vocación no lo es sólo por determinada profesión u ocupación, sino por el modo propio en el que el sujeto se propone realizarla.

La vocación procede del resorte vital, y de ella nace, a su vez, aquel proyecto de sí misma, que en todo instante es nuestra vida (OC [2004b]:748).

Ensimismamiento y alteración

¿Y cómo se logra ese encuentro con la vocación que, cual bella durmiente, logre despertarla? Buscándola donde se encuentra, en el interior de cada uno. Utilizando esa capacidad de volverse sobre sí mismo, propia del ser humano, que Ortega denomina «ensimismamiento» y que es la que permite el encuentro consigo mismo. Lo opuesto al ensimismamiento es la alteración.

Casi todo el mundo está alterado, y en la alteración el hombre pierde su atributo más esencial; la posibilidad de meditar, de recogerse dentro de sí mismo para ponerse consigo mismo de acuerdo y precisarse qué es lo que cree; lo que de verdad estima y lo que de verdad detesta. La alteración le obnubila, le ciega, le obliga a actuar mecánicamente, en un frenético sonambulismo (OC [2006a]:534).

La alteración es lo que caracteriza a la actual situación de crisis cultural. Porque la cultura está formada por el conjunto de creencias compartidas que son las que dan coherencia y seguridad a la vida en común. Las creencias compartidas constituyen la fe de y en una cultura y Occidente está cursando por una crisis cultural que es la pérdida de la fe en que descansaba hasta hace las primeras décadas del siglo XX: la fe en la ciencia, en que, con suficiente tiempo, la ciencia resolvería la vida del hombre sobre la tierra

(...) Mientras la inteligencia y la razón resolvían cada vez más perfectamente innumerables problemas, sobre todo de orden material, habían fracasado en todos sus intentos de resolver los otros, principalmente morales y sociales, entre ellos los problemas que el hombre siente como últimos y decisivos (OC [2006b]:9).

Este fracaso nos sume en la actual perplejidad. La falta de convicciones firmes en algún sentido hace que las relaciones interpersonales se hagan cada vez más superficiales porque la profundidad, la intimidad, se alimenta de coincidencias y

en este estado de alteración las únicas coincidencias posibles son las de la sensualidad o los intereses inmediatos. Eso agrava el mal que pretende aliviar que es la soledad y la incomunicación.

No sabemos lo que nos pasa, y esto es precisamente lo que nos pasa, no saber lo que nos pasa (...) (OC [2006b]:443).

Recapitemos: el ser humano es su vida, que es la resultante de una relación entre el yo y la circunstancia que se desarrolla en el tiempo y constituye un drama, una historia, un acontecimiento. O sea que el ser humano no es una cosa ni una cosa que piensa. No es nada fijo sino que está abierto al cambio y la evolución.

Las formas más dispares del ser han pasado por el hombre; pues, para desesperación de los intelectuales, el hombre es *pasar*, es irle pasando cosa tras cosa, es pasarle ser estoico, ser cristiano, ser racionalista, ser positivista, ser lo que ahora vaya a ser... (...) El hombre, no tiene naturaleza, lo que tiene es historia; porque *historia* es el modo de ser de un ente que es constitutivamente, radicalmente, *movilidad* y *cambio*. Y por eso no es la razón pura, eleática y naturalista quien podrá jamás entender al hombre (OC [2009]:557).

La razón vital

Por eso si se quiere entender al hombre hay que recurrir a otra razón, una razón que esté al servicio de la vida: la razón vital.

Para comprender algo humano, personal o colectivo, es preciso contar una historia. Este hombre, esta nación hace tal cosa y es así *porque* antes hizo tal otro y fue de tal otro modo (OC [2006b]:71).

Y la razón vital nos dice que al ser humano le ha sido dada la vida pero no le ha sido dada hecha, que debe de hacérsela en una circunstancia determinada y que eso es una gran tarea. Que para que la circunstancia no lo aniquile debe de afrontarla con un proyecto de vida y que, para que pueda movilizar las energías necesarias debe de ser auténtico, o sea, ser la expresión de una vocación también auténtica. Que en la actual situación de crisis cultural la vocación no concita atención y que esa es una de las razones que colaboran con el estado de

insatisfacción que lleva a la consulta psicoterapéutica. El terapeuta si debe conocer y tener en cuenta tanto el tema vocacional como la crisis cultural que, como los rayos cósmicos, lo atraviesa todo, incluso la consulta.

Que ante esta situación el ser humano, esté o no en tratamiento, debe de recurrir al ensimismamiento. A buscar en su interior la coincidencia consigo mismo que el mundo, cada vez más alterado, le dificulta. Enterarse de lo que verdaderamente quiere, piensa y siente y atreverse a vivir en consecuencia.

Evidentemente, es nuestra vida-proyecto, que, en el caso del sufrimiento, no coincide con nuestra vida efectiva; el hombre se dilacera, se escinde en dos —el que tenía que ser y el que resulta siendo. La dislocación se manifiesta en forma de dolor, de angustia, de enojo, de mal humor, de vacío; la coincidencia, en cambio, produce el prodigioso fenómeno de la felicidad (*OC* [2006a]:131).

Los pacientes suelen solicitar ayuda terapéutica porque se encuentran en una encrucijada o dificultad ante la cual no saben cómo seguir llevando adelante sus vidas. También hay casos en los que las dificultades de la vida se imbrican con manifestaciones clínicas que se mejoran con medicación. Por ejemplo un sujeto con predisposición familiar a la depresión que sufre una pérdida económica o que se divorcia puede presentar un cuadro depresivo serio en el que los elementos biológicos y biográficos se potencian recíprocamente, sin que pueda establecerse cuál es la causa y cuál el efecto. Esos casos requieren un enfoque doble en el que la psicoterapia y la farmacología sumen sus efectos.

El paciente llega a la consulta con su bagaje de creencias maltrecho. La vida no se desarrolló como esperaba. Ya sea en su matrimonio, en su vida laboral o profesional, en su rol de padre o madre o el de hijo o hija. Ya sea que no tolere la soledad, no logre recomponer su vida, que enfrente una enfermedad, una generalizada sensación de fracaso, que se le haga imposible responder a crecientes exigencias, que tenga pánico ante el futuro siempre incierto. En fin, la lista de motivos es inabarcable, ya que aunque se los pueda sistematizar de alguna forma, las características propias de cada caso los hacen singulares. Acá recurrimos a Cátulo Castillo, que en el tango *Desencuentro*, grita:

Estás desorientado y no sabés / qué «trole» hay que tomar para seguir. / Y en este desencuentro con la fe / querés cruzar el mar y no podés. / La araña que salvaste te picó / —¡qué vas a hacer!— / y el hombre que ayudaste te hizo mal / —¡dale nomás!— / Y todo el carnaval / gritando pisoteó / la mano

fraternal / que Dios te dio.

¡Qué desencuentro! / ¡Si hasta Dios está lejano! / Llorás por dentro, todo es cuento, todo es vil.

También trae consigo lo que puede quedar en pie de un proyecto, conocido o no por el propio sujeto, ya que pudo haber desarrollado su vida hasta ese momento haciendo lo que «debía» de hacer y no lo que «de verdad» quería.

Lo que sucede es que dentro de lo que él o ella *creía* que le podía pasar no estaba incluido lo que, finalmente le está pasando. «A mí no me prepararon para esto» o «yo no estaba preparado para...» o «nunca creí que me iba a afectar de esta manera».

Volviendo a Ortega:

El vivir o ser viviente, o lo que es igual, el ser hombre no tolera preparación ni ensayo previo. La vida nos es disparada a quemarropa. Ya lo he dicho: allí donde y cuando nacemos o después de nacer estemos, tenemos, queramos o no, que salir nadando (OC [2010]:160-1).

Así los cónyuges contaban recíprocamente con la fidelidad del otro, hasta que la sospecha se confirma y el mundo se derrumba. O el socio vació las cuentas y se fugó. O el banco se quedó con los depósitos (Argentina 2001), o los padres se separaron, o el hijo se va al exterior, o la biopsia sale mal, o el asalto a mano armada, o cualquier otra de las alternativas inevitables que la vida nos presenta sino aviso previo.

Los trastornos que se producen a partir de cualquiera de estos (y otros) acontecimientos presentan varios aspectos. Uno de ellos es que dejan «marca», lo que no estaba entre las creencias ahora toma preponderante lugar y condiciona todas las acciones posteriores: «Todo es cuento, todo es vil». El proyecto de vida, sea más o menos auténtico, cae. ¿Cómo recomponerlo si para cualquier acción se requiere un mínimo (o un máximo) de confianza en que será exitosa? ¿Cómo superar la «marca»? Este es uno de los nudos de la psicoterapia. La marca está inscrita en el terreno emocional. Las emociones son, entre otras cosas, información acumulada y sintetizada. Permiten no tener que pensar todo de nuevo en momentos de urgencia, en que se requieren reacciones instantáneas y ya aprendidas. Es necesario dismantelar esa trabazón emocional. Aquí también se debe recurrir al ensimismamiento. Terapeuta y paciente deben de explorar esas emociones y lograr llevarlas al plano verbal. Esas

emociones amalgamadas con el recuerdo forman nuevas creencias nacidas de las experiencias buenas o malas. Las creencias no se modifican mediante «ideas» sino cuando son confrontadas con otras creencias. Para ello deben de ser confrontadas con otras creencias del propio paciente, para arribar, finalmente, a la «coincidencia consigo mismo». Esto se facilita con el diálogo porque, como hemos visto, de la mayoría de las creencias no tenemos noticia y son más actuantes cuanto menos las conocemos.

La palabra

El pensamiento no existe sin la palabra: le es esencial ser formulado, expreso. Lo inexpresso e informulado, esto es, lo mudo, no ha sido pensado, y como no ha sido pensado no es sabido y queda secreto. [...] para que yo pueda decir algo a alguien es preciso que antes me lo haya dicho yo a mí mismo, esto es, que lo haya pensado, y no hay pensar si no hablo conmigo mismo (OC [2008]:616).

Mediante el pensamiento puedo llevar la creencia al nivel del concepto lo que significa que puede ser pensada y sometida al régimen de la razón, pero no de la razón pura que la deja incólume porque opera con ideas, sino de la razón vital que es la que conoce de creencias y puede actuar sobre ellas.

Cuando el acontecimiento penoso o desfavorable sucede en una cultura que no está en crisis son los propios elementos culturales los que ayudan a restañar la herida y a recomponer el proyecto. Definimos, desde Ortega, a la cultura como el conjunto de creencias auténticas que comparte una sociedad. Son entonces, las creencias de la sociedad las que confrontan con las nacidas como consecuencia de la experiencia personal. Si, por ejemplo, esa sociedad comparte creencias religiosas, en cualquiera de los casos esbozados será más fácil, para el afectado, encontrar sostén y, para los allegados proporcionarlo. Lo mismo si la sociedad se encuentra en un momento optimista en el que se vislumbra una humanidad que marcha triunfante hacia su realización a través de los logros de la ciencia. A veces el afectado se encuentra inmerso en una microcultura familiar resultante de haber logrado salir bien de diversas dificultades, que lo sostienen. Ahora bien, en una situación de crisis, en la que no «hay de donde agarrarse» la salida se complica para el protagonista y para los allegados y, sin duda, para los terapeutas.

En este último caso se debe de recurrir a movilizar las energías latentes mediante el ensimismamiento.

(...) Saber quedarse sólo consigo y ensimismarse, es una de las faenas más difíciles. Las pasiones, los apetitos, los intereses gritan de ordinario con más fuerza que la vocación y oscurecen su voz (OC [2006b]:484).

Coincidencia consigo mismo

El objetivo es lograr la «coincidencia consigo mismo». Cuando más allá de todo acontecimiento el sujeto puede ponerse en claro acerca de lo que de verdad quiere hacer en y con su vida es posible un nuevo comienzo. Su sistema de creencias se ha recompuesto y, en consecuencia, puede volver a la acción. Porque la acción se basa en creencias, no en ideas que pueden ser ciertas o no. Las creencias podrán ser más o menos adecuadas pero son las que cada cual tiene, las que representan la realidad «tal cual es» y los humanos estamos condicionados a actuar, equivocados o acertados, según creamos que las cosas son. En consecuencia, si anidan en su interior creencias contradictorias no solo estará interferida la acción, sino que estará en estado de angustia porque la tensión entre actuar o no, entre acertar o equivocarse se incrementa hasta llegar, en algunos casos, a lo cuadros de ansiedad y pánico, actualmente epidémicos, como consecuencia de la dificultad para estar orientado en medio de la crisis actual.

Al vivir he sido lanzado a la circunstancia, al enjambre caótico y punzante de las cosas: en ellas me pierdo, pero me pierdo no porque sean muchas, difíciles e ingratas, sino porque ellas me sacan de mí, me hacen otro (*alter*), me alteran y me confunden y me pierdo de vista a mí mismo. Ya no sé qué es lo que de verdad quiero o no quiero, siento o no siento, creo o no creo. Me pierdo en las cosas porque me pierdo a mí. La solución, la salvación es encontrarse, volver a coincidir consigo, estar bien en claro sobre cuál es mi sincera actitud ante cada cosa. (...) El problema sustancial, originario y, en ese sentido único, es encajar yo en mí mismo, coincidir conmigo, encontrarme a mí mismo (OC [2006b]:437).

¿Y cuál es ese eje alrededor del cual lograr esa coincidencia consigo, ese reordenamiento de las creencias para que se armonicen y que permita volver a la acción sin el obstáculo o el desvío producido por las experiencias vividas? Ese eje es el espíritu... Veamos la concepción orteguiana del espíritu.

Vitalidad, alma y espíritu

Ortega desarrolla una tectónica que consta de tres instancias: Vitalidad, Alma y Espíritu. En realidad no son tres instancias, son tres conceptos o abstracciones de un fenómeno único y previo que es la corriente de vida en acción. Así define la vitalidad:

Hay, en efecto, una parte de nuestra persona que se halla como infusa o enraigada en el cuerpo y viene a ser como un alma corporal. A ella pertenecen, por ejemplo, los instintos de defensa y ofensa, de poderío y de juego, las sensaciones orgánicas, el placer y el dolor, la atracción de un sexo sobre otro, la sensibilidad para los ritmos de música y danza, etc., etc. Sirve este alma corporal de asiento o cimiento al resto de nuestra persona (*OC* [2004b]:568).

El alma, por su parte, es el recinto de las emociones, las emociones transcurren en el tiempo, se está triste o alegre durante cierto tiempo. Además pueden anidarse en el alma emociones contradictorias,

(...) No hay modo de determinar dónde nuestro cuerpo termina y comienza nuestra alma (*OC* [2004b]:568).

Es claro que el alma no puede decidir, está expuesta al vaivén de las emociones, con el alma se siente pero la decisión requiere la otra instancia: el espíritu.

Del espíritu no nacen las emociones, pero la función del espíritu es dominarlas y coordinarlas para que la acción sea posible.

El espíritu carece de sentimientos: piensa y quiere. El alma es quien desea, ama, odia, se alegra y se compunge, sueña e imagina. Ambos poderes coliden perpetuamente dentro de nosotros, siendo de notar que el espíritu se ocupa principalmente en detener el automatismo de nuestra alma (*OC* [2004b]:690).

Ortega hace una importante distinción: mientras que los fenómenos anímicos se desarrollan en el tiempo, los espirituales son instantáneos:

Los fenómenos espirituales o mentales no duran: los anímicos ocupan tiempo. El entender que $2+2=4$ se realiza en un instante. Puede costarnos

mucho tiempo llegar a entender algo; pero si lo entendemos —esto es, si lo pensamos—, lo pensamos en un puro instante (OC [2004b]:575).

O sea que

«Mí» impulsos, inclinaciones, amores, odios deseos, son míos, repito, pero no son «yo». El «yo» asiste a ellos como espectador, interviene en ellos como Jefe de Policía, sentencia sobre ellos como juez, los disciplina como capitán. Es curioso investigar el repertorio de eficientes acciones que posee el espíritu sobre el alma, y, por otra parte, notar sus límites. El espíritu o «yo» no puede, por ejemplo, crear un sentimiento, ni directamente aniquilarlo (OC [2004b]:577).

Sin la acción del espíritu la vida sería caótica. Es el espíritu el que marca un rumbo, «piensa y quiere». La voluntad y el entendimiento son funciones espirituales

Llamo espíritu al conjunto de los actos íntimos de que cada cual se siente verdadero autor y protagonista (OC [2004b]:575).

El proyecto y la vocación, en tanto manifestaciones de voluntad (quizás debería decirse «libertad»), se adscriben al espíritu. Hemos visto que el proyecto, para movilizar, debe de estar sumergido en el plano de las creencias como los motores en la panza del transatlántico que impulsan sin que estén a la vista. Sólo por el curso que va tomando nos damos cuenta de su derrotero.

El proyecto que yo soy me encuentro siéndolo antes de que piense que proyecto soy; es más, ninguno hemos logrado nunca pensar por entero el proyecto que somos" [...] De ordinario, es el transcurso de la vida quien nos va descubriendo el *proyecto* que somos (OC [2008]:436).

Ésta, como toda otra tectónica, es una abstracción. Es un intento de llevar al concepto un acontecimiento. Ya hemos visto que el ser humano es un puro acontecimiento, y el acontecimiento es la vida en acción. Podemos decir que en la acción se funden los diferentes elementos, pero eso ya sería un error que consolidaría la dificultad. Primero abstraemos y luego pretendemos unir las partes cómo si de verdad existieran separadas desde antes. No se funden en la acción, sólo existen y aparecen como resultado de la abstracción. ¿Y por qué

recurrir a esta abstracción? Porque es una mejor abstracción que la biológica u otras, y que, como toda abstracción, se la debe de tomar como lo que es y no confundirla con una realidad concreta. Es una guía imperfecta para ubicarse mediante conceptos ante los diversos aspectos de una realidad y que nace y está destinada a satisfacer la necesidad del observador de afirmarse en una teoría, la que siempre será desbordada por el fenómeno.

«Insisto», dirá el lector, «¿entonces para que exponer esta abstracción?» La abstracción da la seguridad necesaria, el punto de apoyo para dar el salto y trascenderla. Al percibirla como mera abstracción aparece la pregunta por lo que es más allá de esa abstracción y lo que *es*, es el absoluto dinamismo vital. El ser humano, vitalidad alma y espíritu en acción realizando un proyecto que expresa una vocación y se vuelca en una misión.

La vida humana, por su naturaleza propia, tiene que estar puesta a algo, a una empresa gloriosa o humilde, a un destino ilustre o trivial. Se trata de una condición extraña, pero inexorable, escrita en nuestra existencia. Por un lado, vivir es algo que cada cual hace por sí y para sí. Por otro lado, si esa vida mía, que sólo a mí me importa, no es entregada por mí a algo, caminará desvenjada, sin tensión y sin «forma». Estos años asistimos al gigantesco espectáculo de innumerables vidas humanas que marchan perdidas en el laberinto de sí mismas por no tener a qué entregarse (OC [2005b]:466).

La felicidad

La felicidad es la irrenunciable meta de ser humano y ésta no consiste en la satisfacción de nuestros deseos en la obtención de cosas externas a nosotros mismos.

No como poseídas u obtenidas [las cosas] contribuyen a hacernos felices, sino como motivos de nuestra actividad, como materia sobre la cual ésta se dispare y de mera potencia pase a ejercicio. Cuando pedimos a la existencia cuentas claras de su sentido, no hacemos sino exigirle que nos presente alguna cosa capaz de absorber nuestra actividad. Si notásemos que algo en el mundo bastaba a henchir el volumen de nuestra energía vital, nos sentiríamos felices y el universo nos parecería justificado (OC [2004b]:222).

Muchas veces el logro significa la pérdida de la felicidad que provenía de la actividad desplegada para alcanzarlo. Esto explica las inexplicables depresiones

que muchas veces acompañan a la llegada a una meta más o menos largamente perseguida. La paradójica tristeza del que se ha recibido y se lo nota «raro» durante el correspondiente festejo («¿Qué te pasa? ¿Por qué esa cara? ¿No estás contento?») Por supuesto que no tiene respuesta porque su estado es un enigma, ante todo, para él mismo. O el flamante marido descolocado ante la ausencia de la esperada alegría de su reciente esposa en plena luna de miel («¿No me querés? ¿Estás arrepentida?»). O como un componente dentro del complejo fenómeno de la depresión postparto. O la depresión, a veces difícil de revertir, de quién se retira o jubila y que cae en ella al quedar «liberado» de sus obligaciones laborales.

Hay momentos estelares en la vida en los que la circunstancia nos brinda la posibilidad de «henchir el volumen de su nuestra energía vital». A este estado se debe de referir Ortega cuando luego de la expresión: «yo soy yo y mi circunstancia» agrega «y si no la salvo a ella no me salvo yo». Por lo general son aquellos en los que un proyecto se encuentra en vías de realización y la circunstancia se muestra propicia. Puede ser una carrera en ascenso, la construcción de una casa para vivir en familia, un viaje, estar empeñado en una conquista, ya sea de una mujer o de una fortuna o absorbido en la ejecución de una obra de arte o en la búsqueda de una verdad que satisfaga una duda trascendente. En realidad muchas de las actividades desplegadas por los humanos se justifican en la búsqueda de esos momentos estelares, que pueden durar años o minutos y que suelen ser inexplicables para quienes presencian esas actividades «desde afuera». El abanico va desde los deportes de riesgo, muchas veces con peligro para la vida, como el andinismo, a las adicciones. Éstas merecen un párrafo aparte porque una manera de desentrañar la motivación de esas conductas autodestructivas es comprender que están destinadas a experimentar esos estados de «energía vital». Lo que sucede es que el adicto no tiene la esperanza de que esos estados se logren mediante una relación fecunda entre el yo y la circunstancia y pretende obtenerlos mediante recursos que pueda controlar a voluntad, sea una sustancia, una mesa de juego o la actividad sexual. La paradoja es que a poco que se aficione será el recurso el que controle a su voluntad.

Pueden verse, en consecuencia dos tendencias contrapuestas en la vida humana. Una que tiende a la integración en la cual todas las potencias vitales y anímicas se movilizan dirigidas y gobernadas por el espíritu en pos de un objetivo trascendente y la otra, en la que el conjunto de apetitos, mandatos confusos y contradictorios, presiones sociales, convenciones, falta de orientación, de

ejemplos y de conocimiento de las verdaderas necesidades humanas, tiende a la desintegración y da lugar al «gigantesco espectáculo de innumerables vidas humanas que marchan perdidas en el laberinto de sí mismas por no tener a qué entregarse» que ya veía Ortega hace más de ochenta años. De allí para acá el espectáculo es cada vez más gigantesco, al punto de alcanzar tal proporción que puede llegar a confundirse con la realidad toda y no dejar resquicio para vislumbrar otra forma posible de vivir.

Esto nos retrotrae al tema del proyecto de vida y de la vocación y del ensimismamiento, porque es mediante el ensimismamiento que la persona puede retomar contacto consigo mismo, reinstalarse en su proyecto de vida y que éste sea la realización de una vocación que dé lugar a la coincidencia que: «produce el prodigioso fenómeno de la felicidad».

Llegados a este punto casi no habría necesidad de mencionar que la tarea psicoterapéutica encuentra, en todas las razones enunciadas hasta acá, nada menos que su fundamento, objetivo y justificación.

El objeto de la psicoterapia es reforzar la acción integradora del espíritu sobre el desorden anímico. El espíritu ha fracasado en esa función. El terapeuta pone su capacidad espiritual al servicio de la del paciente quién con ese auxilio puede ensimismarse, asomarse a su mundo emocional conflictivo, reordenarlo y darle una dirección que será convergente con la de su proyecto de vida y coincidente con su vocación. Claro que éste es un ideal. En un comienzo la vida puede aparecer como abierta a todas las posibilidades, al igual que en un tablero de ajedrez, al inicio todas las jugadas son posibles pero a medida que se desarrolla el partido cada movimiento está condicionado por los anteriores. Así se acumulan frustraciones, dolores, rencores y temores pero también puede haber logros, satisfacciones, alegrías y seguridades. El espíritu no crea pero absorbe y neutraliza las emociones (o lo que, para el caso es igual: creencias) contrapuestas y paralizantes y restablece el dinamismo vital. La circunstancia no es dócil al proyecto, en consecuencia, éste va sufriendo abolladuras de todo tipo a lo largo de su lucha. Pero el proyecto no es un plan que deba de realizarse de un modo estricto. Es una manera de avanzar y, a su vez, la vocación no lo es por una profesión u oficio sino por un modo de ejercer el que fuera. El ensimismamiento permite que la acción del espíritu ordene y canalice las energías vitales y los conflictos dejen paso a la coincidencia consigo mismo, o sea que las creencias se refuercen recíprocamente y no que estén en conflicto, que es lo más parecido a la salud...

La vida es constitutivamente un drama, porque es la lucha frenética con las cosas y aun con nuestro carácter por conseguir ser de hecho el que somos en proyecto (*OC* [2005b]:400).

Es imposible e irreverente pretender resumir un pensamiento cumbre como el de Ortega y Gasset. Queda en el camino una riqueza y profundidad que sólo es apreciable con la lectura de su obra. Éste ha sido un intento de mostrar las enormes posibilidades de ese pensamiento como fundamento filosófico (no puede tener otro) para la tarea psicoterapéutica. Necesariamente he debido limitarme a mostrar un fragmento, un muñón. Pero como todos los que nos interesamos en el ser humano tenemos algo de arqueólogos, creo que este fragmento puede despertar interés en conocer la obra completa y comprobar la enorme utilidad que representa para una tarea que el curso de los acontecimientos hace, al mismo tiempo, cada vez más necesaria y más difícil. ■

REFERENCIAS

ORTEGA y GASSET José

- [2004a] *Obras completas (1902-1915)*, Madrid: Taurus, T, I.
- [2004b] *Obras completas (1916)*, Madrid: Taurus, T, II.
- [2005a] *Obras completas (1917-1925)*, Madrid: Taurus, T, III.
- [2005b] *Obras completas (1926-1931)*, Madrid: Taurus, T, IV.
- [2006a] *Obras completas (1932-1940)*, Madrid: Taurus, T, V.
- [2006b] *Obras completas (1941-1955)*, Madrid: Taurus, T, VI.
- [2007] *Obras completas (1902-1925). Obra póstuma*, Madrid: Taurus, T, VII.
- [2008] *Obras completas (1926-1932). Obra póstuma*, Madrid: Taurus, T, VIII.
- [2009] *Obras completas (1933-1948). Obra póstuma*, Madrid: Taurus, T, IX.
- [2010] *Obras completas (1949-1955). Obra póstuma*, Madrid: Taurus, T, X.